



RESEÑAS DE LIBROS



ANDRÉS MARTÍN LONDOÑO LONDOÑO

ANTONIO ALATORRE:

Los 1.001 años de la lengua española

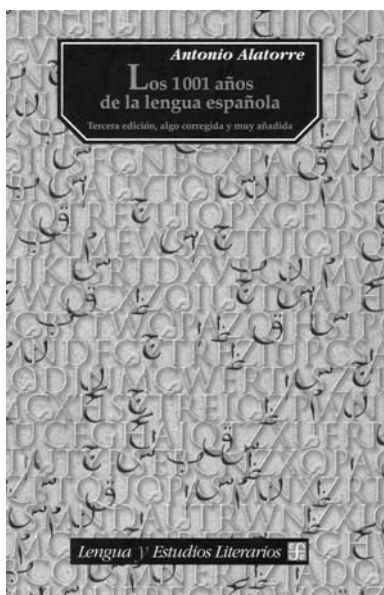
Antonio Alatorre, discípulo de R. Lida, quien lo fue de Amado Alonso, quien lo fue a su vez de Ramón Menéndez Pidal, ha escrito este libro en un lenguaje nada técnico y lo menos académico posible, evitando toda apariencia erudita, sin bibliografía citada en las notas al pie (que son más bien pocas) y sin “aparato crítico”. Lo cual no significa en manera alguna que el libro carezca de una sólida documentación. Entre las obras que sirvieron de apoyo a la investigación, Alatorre destaca *Orígenes del español*, de Menéndez Pidal, la *Historia de la lengua española*, de Rafael Lapesa y, entre las publicaciones más recientes, la de Paul M. Lloyd, *From latin to spanish*. Sin embargo, el autor admite de manera expresa que su libro no está dirigido a profesionales: “escribo para la gente. El lector que está en mi imaginación es el ‘lector general’, el no especializado”. El objetivo de Alatorre es presentar los 1.001 años del español a manera de relato, de cuento ameno al alcance del lector común y corriente, manteniendo como premisa profunda la idea de que “el estudio ver-

dadero de la literatura no puede destrabarse del estudio de la lengua, y viceversa”.

El título del libro hace referencia a la celebración de los mil años del español en 1975 (la primera edición es de 1979), como reconocimiento a R. Menéndez Pidal, quien fechaba en

el año 975, esto es, en el siglo x, los primeros textos escritos en nuestra lengua. Desde luego, una lengua que se escribe ya está desde tiempo atrás en boca de la gente, por lo que el autor considera más correcto “decir que nuestra lengua tiene 1.000 años entrados a 2.000”. Así, decir 1.001 años es decir “mil y pico”, pero también es, desde luego, aludir al pueblo árabe, que tanto se relaciona con cierta etapa de la evolución de nuestra lengua, y que de alguna manera vale como ejemplo entre muchos otros pueblos que han incidido en su destino.

Alatorre comienza su relato por el más remoto ancestro conocido de nuestra lengua, el indoeuropeo, hace unos 7.000 años, cuando sus hablantes se dispersaban hacia oriente y occidente desde los valles al norte del mar Caspio. Tal como nos lo explicará a lo largo de la obra, la lejana fragmentación del indoeuropeo pre-



ludia “los dramas de la fragmentación del latín en el imperio romano tardío, la del iberorromance en la Edad Media y la del castellano en los tiempos modernos”. Del indoeuropeo surgen cuatro ramales lingüísticos primigenios, siendo uno de ellos el céltico-italo-tocario, del cual la rama del itálico se subdivide a su vez, dando lugar, junto con el osco-umbrío, al latín. Éste, a su turno, se multiplica en una familia de lenguas, las romances o neolatinas, incluido el español. Pero –nos informa Alatorre– el español, variante del latín vulgar que se difundió en la península ibérica, recibe desde su origen el influjo de lenguas autóctonas de pueblos ya asentados ahí cuando llegaron los romanos, como íberos y celtas. Además, griegos y fenicios (vía Cartago, su gran puerto en el norte de África) habían establecido colonias en las actuales costas ibéricas en el Mediterráneo, y dejaron en la península palabras que después el español haría suyas. Desde la llegada de los romanos, hacia el 200 a.C., la latinización fue firme hasta ocupar casi toda la península, y en el s. I d.C. Plinio el Viejo decía que Hispania era el segundo país del imperio, después de Italia. Pero con el paulatino colapso del imperio romano y el creciente predominio del cristianismo, durante la Edad Media, mientras por un lado en el latín culto y escrito se buscaba mantener inmodificada la lengua de Cicerón, por otro lado el latín popular y hablado experimentaba importantes modificaciones.

En este contexto arriban los visigodos, quienes dejan algo de su impronta germánica en la lengua románica que entonces se hablaba en la Hispania, y que ya no era latín en sentido estricto. Pero pronto llegan a impregnar con sus sabores nuestra lengua todavía en germen los árabes, quienes en el año 711 derrotan a Rodrigo, el último rey goda. Ya a mediados del s. X Córdoba era capital de un gran califato y una de las principales ciudades de Europa; a la sombra del esplendor árabe, y en un ambiente de gran tolerancia propiciado por éstos, florece paralelamente la cultura hispanohebraica. Surgen en estos días de dominio musulmán palabras para designar a la población romanizada, que se dividía en *muladíes*, es decir, “adoptados”, cristianos que abrazaron la fe de Mahoma y tomaron su lengua, o *mozárabes*, es decir, “arabizados”, cristianos que no abandonaron su fe ni su lengua romance (que era continuación del latín visigótico), pero la llenaron de arabismos. Los contrarios son los *mudéjares* (“con permiso para quedarse”), esto es, los moros que permanecieron en las tierras reconquistadas por los reyes cristianos del norte. Muchos pasaron a ser *latiníes* o *ladinos*, y escribieron en lengua romance (o *aljamía*, según la llamaban), pero con escritura árabe. El español de hoy, según el autor, posee unos 4.000 ara-

bismos que demuestran la admiración que entre la población romance despertó la cultura árabe.

Nos cuenta Alatorre que la verdadera base y comienzo de nuestra lengua actual se sitúa en Castilla, uno de aquellos oscuros y pequeños reinos fundados por nobles visigodos que huyeron al norte de España tras la victoriosa invasión árabe. Con el tiempo, Castilla creció territorialmente a expensas de Asturias y León y de Navarra y Aragón, pero sobre todo de la expulsión de los moros. Paralelamente, se expandió su modalidad lingüística, provocando la ruina del leonés y el aragonés (del cual sin embargo aún hoy sobreviven algunos vestigios), y absorbiendo el mozárabe, que era el romance hablado entonces por el mayor número de españoles. De la primera mitad del s. XI (y no de finales del s. X, como lo pensaba Menéndez Pidal), cuando la expansión de este dialecto apenas comienza, y sólo ocupa una pequeña porción de la España actual, datan los que se han considerado los primeros vestigios escritos del castellano, las llamadas glosas silenses y emilaneses, comentarios al margen de documentos en latín, probablemente escritos por un estudiante. Según el autor, no es exacto decir que las glosas están escritas en castellano, pues realmente lo están en lengua navarro-aragonesa arcaica, muy afín a la mozárabe. Lo que sí resulta indiscutible para Alatorre es que la literatura castellana se inicia con el llamado *mester de juglaría*, es decir, el arte de los juglares, cantores ambulantes que recitaban de memoria (no leían) ante un público variable toda clase de leyendas, la más famosa de las cuales llegó a ser el *Cantar de mio Cid*, probablemente compuesto hacia 1180, sobre las hazañas contra los moros del histórico Rodrigo Díaz de Vivar, muerto en 1099. Por los mismos tiempos se opone al arte de los juglares el llamado *mester de clerecía*, es decir, el arte literario cultivado por escrito por los doctos, y que se pretende exento de las torpezas de rima y métrica de los juglares. A mediados del siglo XIII, Alfonso X el Sabio, rey de Castilla y León, con escasa astucia diplomática y menos predisposición para la guerra, pero a quien Alatorre considera el creador de la prosa española, juega un papel decisivo en la consolidación de nuestra lengua por su trabajo de coordinación y supervisión de la traducción al castellano de abundantes textos árabes, hebreos y latinos, y sus compilaciones de historia y derecho, como también de cuento y de poesía. Tras la muerte de Alfonso el Sabio, afirma Alatorre, la literatura castellana “ya es una criatura robusta”, y los pasos que da en los siglos XIV y XV, a través de textos como los del infante don Juan Manuel y el arcipreste de Hita, la encaminan a su apogeo.

Éste cuya antesala estaría en obras como la *Gramática de la lengua castellana* de Antonio de Nebrija, de 1492 —el primero de una serie de estudios escritos en español y centrados en el idioma mismo, entre manuales de ortografía, gramáticas, diccionarios y poéticas—, se extiende, de acuerdo con Alatorre, más o menos desde el reinado de Carlos I (v de Alemania), pasando por los de los Felipes II a IV, hasta el reinado de Carlos II, de manera que no habría un solo siglo de oro del español, sino dos: el XVI y el XVII. Alatorre comenta sus principales obras literarias en los campos del teatro, desde *La celestina* de Fernando de Rojas hasta los epígonos de Lope de Vega y Calderón; la poesía, desde Boscán y Garcilaso, pasando por Góngora y Quevedo, hasta sor Juana Inés de la Cruz; la novela, desde el *Amadís de Gaula*, pasando por el *Lazarillo de Tormes* y *El buscón* de Quevedo, hasta el *Quijote* y sus imitadores; y la prosa varia, desde Juan de Valdés o algún cronista de Indias como Fernández de Oviedo, pasando por Baltasar Gracián, hasta santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz.

Son los tiempos que siguen al descubrimiento del Nuevo Mundo, el cual dio paso a una extraordinaria expansión geográfica en el uso del español, la cual fue posible principalmente —sostiene Alatorre—, por el mestizaje. Son tiempos del viraje antihumanista en la ideología y las políticas del imperio, que se reflejó por ejemplo en prácticas de la Inquisición como los índices de libros prohibidos; tiempos en que se exportaron numerosas palabras españolas a otras lenguas europeas como el francés, el italiano, el inglés, el alemán y el holandés. Son tiempos en que el español alcanza una gran uniformidad lingüística, pero a la vez sufre importantes cambios en la pronunciación, en el vocabulario (en el cual se introdujeron italianismos, americanismos y cultismos latinos) y gramaticales. Son, finalmente, tiempos en los que cabe muy bien hablar de una “literatura imperial” española, semejante en todo su territorio y donde no tiene mucho sentido hablar, por ejemplo, de obras de carácter “peruano”, o “andaluz”. Así, igualmente española es la literatura morisca de la época, esto es, la de los moros que permanecieron en la península después de la reconquista (hasta su expulsión definitiva decretada en 1609) y aprendieron español y lo escribieron tanto con letras latinas como en aljamía, es decir, en árabe; o la de los judíos sefarditas que, expulsados antes, en 1492, se establecieron en su mayoría en tierras del imperio otomano (Balcanes, Turquía, Asia menor), y que hasta 1939 publicaban en ciudades como Estambul y Bucarest, libros y periódicos en su español del siglo XV.

A partir de 1700, nos dice Alatorre, puede hablarse de español moderno. La independencia de Hispanoamérica, sostiene,

no tuvo gran importancia para nuestra lengua, pero en la conciencia de la unidad de ésta, afirma, sí ha desempeñado un gran papel la Real Academia Española, cuya *Gramática* “ha sido norma fundamental del uso de la lengua” y cuya *Ortografía* “desde su primera edición (1741) ha sido acogida como ley por todos los hispanohablantes”. Pero nunca se debe olvidar que “no hay en el español actual ‘normas’ que, en un pasado a veces remotísimo, a veces muy reciente, no hayan sido otras tantas ‘incorrecciones’ —o ‘innovaciones’, para darles su nombre estrictamente lingüístico—. Por eso, cuando ha pretendido alzarse como guardiana de una presunta pureza de la lengua, sólo la ha perjudicado”.

Para concluir, Alatorre constata que actualmente “la lengua española goza de buena salud. Está en constante cambio, como todo lo que tiene vida [...]”; y no hay que preocuparse porque existan palabras o pronunciaciones en crisis (como el sonido *d* de *usted* y *verdad*), o por el ingreso de anglicismos, que serán asimilados y en muchos de ellos su origen terminará resultando imperceptible, como le sucedió a los numerosos galicismos que entraron al español en el s. XIX. “Hay en nuestro mundo muchas cosas de qué alarmarse. Entre ellas no está la lengua española en cuanto tal”.

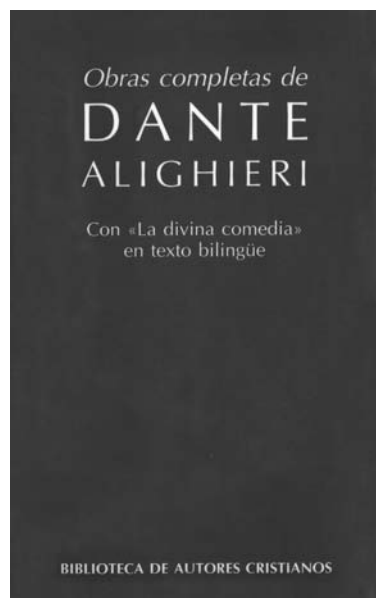
México D.F., Fondo de Cultura Económica (colección “Lengua y estudios literarios”), 3ª ed., 1ª reimp., 2003, 416 págs.

ISBN 968-16-6678-X

DANTE ALIGHIERI:

Sobre la lengua vulgar (libro I)

Con su pequeño tratado *De vulgari eloquentia (Sobre la lengua vulgar)*, Dante escribió hacia 1304-07 el primer estudio sobre la lengua italiana, convirtiéndose así en el fundador de la lingüística en su país. Por esos años Dante, vagabundo por Italia como desterrado político de Florencia, su ciudad, entra en contacto con distintos dialectos entonces usados en la península, como el romano, el sienés, el toscano, el emiliano, el véneto y el ligur, lo que claramente se refleja en esta obra suya. Aunque redactada en latín, es fundamentalmente una reivindicación teórica del uso de la lengua vulgar —en la cual Dante escribiría pocos años después su *Divina Comedia*—, donde se intenta responder a cuestiones como qué es una lengua vulgar y cuál es la lengua vulgar italiana, o mejor, cuál debe ser.



Dante propone entender por lengua vulgar “la [...] que aprendemos sin regla alguna, imitando a nuestra nodriza”, por oposición a las que llama lenguas secundarias, como el latín o el griego, que sólo llegan a dominarse tras el arduo estudio de sus reglas y principios. Entre estos dos tipos de lenguas, asévera, es más noble la vulgar.

Dentro de su concepción medieval del mundo, para Dante resulta claro que, entre las distintas criaturas, sólo el hombre posee y necesita del habla. Los ángeles, por ejemplo, no requieren de la palabra, porque sus mentes están telepáticamente comunicadas en su obediencia a Dios; ni tampoco los demonios, funcionarios del infierno que no necesitan comunicarse porque desde que cayeron conocen muy bien la jerarquía y el grado exacto de perfidia de cada uno de sus congéneres. En cuanto a los animales, afirma Dante, “no fue necesario concederles el lenguaje, pues les basta el instinto de la naturaleza”.

Así pues, “solamente al hombre ha sido concedido el lenguaje”, porque éste se corresponde de manera precisa con las exigencias de la naturaleza humana. El hombre no actúa por instinto como los animales, sino por la razón y la inteligencia, exclusivas de su especie, pero la razón y la inteligencia varían en cada uno, lo que se refleja en lo diferentes que son los hombres en sus actos y pasiones. Y como el espíritu humano está limitado por la materialidad y opacidad del cuerpo mortal, los hombres necesitaron para comunicarse sus ideas “algún signo racional y sensible a la vez”; “sensible en cuanto al sonido, y racional en cuanto a su valor significativo convencional”: esto es, el lenguaje.

Contradiendo expresamente el texto bíblico (Génesis 3, 2-3) según el cual Eva habló antes que Adán, Dante considera inconveniente suponer que la mujer pudiera haberse adelantado al hombre en este noble acto: “parece razonable pensar que fue el hombre quien habló primero”, y cuando lo hizo “pronunció el nombre de Dios antes que otro alguno”. Adán habló, según esto, desde que fue creado; y por supuesto, si Dios quiso que el hombre hablara, fue para que con el habla “glorificara a quien gratuitamente se la había dado”.

Para Dante, la variedad de lenguas usadas por los hombres las lleva entrar en competencia, haciendo que cada uno piense que la de su país es la mejor, o incluso crea que es la misma que Adán habló. Dante plantea que sin duda el primer idioma fue el hebreo, hablado por Adán y sus descendientes hasta la confusión babilónica, y el que después de ésta hablaron los hijos de Héber, es decir, los hebreos, quienes no participaron en la edificación de la torre de Babel.

Con esta obra colectiva, sostiene Dante, los hombres incurrieron en el grave pecado de presunción ante Dios, quien los castigó de forma que “el género humano quedó dividido en tantos idiomas cuantas eran las variedades de trabajo en la misma obra”. A raíz de la confusión de las lenguas se produjo la primera dispersión de los hombres por el mundo; quienes llegaron a Europa hablaban al principio un único idioma, que después se dividió en tres ramas: una propia de las regiones del norte, otra que se asentó en el oriente, y una tercera en el sur, subdividida a su vez en las lenguas de tres pueblos vecinos: “tales son los hispanos, los francos y los italianos”.

La subdivisión de las lenguas a partir de un origen único es algo que también constata Dante al interior de un mismo país, de una región del país, y aun de una misma ciudad. Las innumerables variaciones sufridas por el lenguaje, en originalmente único e igual, se deben a que “el hombre es un animal inestable y sujeto a variaciones”, así que desde la confusión de Babel las lenguas no han hecho más que cambiar —aun el hebreo—, aunque muy lentamente en comparación con la duración de una vida humana. Para enfrentar esto, los hombres han inventado la gramática, que Dante define como “una cierta inalterable identidad de la lengua en distintos tiempos y lugares”, útil sobre todo para ayudarnos a entender a los que hablan o escriben otra lengua.

Entre las tres lenguas romances, Dante no oculta su predilección por la italiana, y como es la que conoce mejor, decide restringir a ella el resto de su investigación, y analizar y comparar sus variaciones, que llegan a ser “por lo menos catorce lenguas vulgares. Y cada una de éstas abarca, a su vez, otras variedades”, hasta sumar un total superior, según Dante, a “un millar de modificaciones de la lengua vulgar”.

Entre todas estas variaciones, ¿cómo encontrar la lengua más ilustre de Italia? Dante comienza por descartar los que considera los peores dialectos italianos, a saber, el romano y los hablados en la Marca de Ancona, Espoleto, Milán, Bérgamo y Cerdeña, más todos los de los montes y la campiña en general. Entre los que quedan —dice—, el siciliano es considerado el más famoso. Pero esto se debe a que a toda la producción poética italiana se la llama siciliana. Y aunque es verdad que Sicilia ha tenido en el pasado grandes artífices de la palabra, considerando “el dialecto vulgar siciliano tal como es usado actualmente por el común de los naturales”, Dante tampoco lo encuentra digno de preferencia. Igual ocurre con el vulgar de Apulia. En cuanto a la lengua de los genoveses, Dante señala sobre todo su aspereza.

Al referirse al dialecto toscano, es decir, el de su región, Dante entra en mayor detalle, y distingue algunas de sus variantes, como las hablas de Florencia, Pisa, Luca, Siena y Arezzo, etc. Reconoce que algunos toscanos “han conocido la excelencia de la lengua vulgar”, pero justamente por haber sabido apartarse del “turpiloquio” de su pueblo, cosa que por otra parte –nos dice Dante– también hicieron al componer versos los buenos poetas de la Romaña. En cuanto a los dialectos de Brescia, Verona, Vicencia, Padua y Venecia, están llenos de barbarismos que Dante juzga íntegramente reprobables.

El caso de los habitantes de Bolonia puede ser distinto, o al menos el de los que toman algo de la lengua de sus vecinos de Imola, Ferrara y Módena para embellecer la propia, de modo que resulta “equilibrada con cierta suavidad gracias a la mezcla de estos elementos opuestos”, por lo que quizá podría considerarse el dialecto más elegante y la lengua vulgar más ilustre de Italia. Pero el simple dialecto vulgar boloñés, sin estos ajustes, no es mejor que los otros. En cuanto a los dialectos del extremo sur del país, Dante los elimina rehusándose a ofrecer cualquier explicación, por considerarla superflua; y con respecto a las hablas del extremo norte, dice que por hallarse en las fronteras no tienen pureza, sino abundante mezcla con otras lenguas no italianas.

Habiendo recorrido la geografía italiana, Dante declara no haber encontrado la lengua ilustre que busca, “que se siente por todas partes y por ninguna aparece”. Y esto es así, explica, porque “las acciones más nobles de los italianos no son propias y exclusivas de alguna determinada ciudad, sino que son comunes a todas”. Tal es la lengua vulgar más excelente, “la cual se oye en todas las ciudades y no se limita a ninguna de ellas”, que debe llamarse vulgar italiano en tanto que es común a toda la península y no exclusivo de ninguna de sus regiones o ciudades, reuniendo en una unidad superior la familia de dialectos italianos.

Según Dante, este vulgar debe ser llamado *ilustre*, por su magisterio sobre los diversos dialectos locales, por su poder para “cambiar los corazones humanos” a través de la poesía y por la honra que le concede a los que lo cultivan; *cardinal*, por ser el eje en torno al cual “todo el conjunto de los dialectos municipales y locales va y viene”; *áulico*, porque reúne las condiciones para ser lenguaje palatino, al ser común a todos y exclusivo de nadie; y finalmente *curial*, por su carácter ponderado y equilibrado, que es el que corresponde a una curia.

Entre “los ilustres doctores que compusieron sus poemas en lengua vulgar de Italia”, y que son sus mejores exponentes, Dante menciona poetas de Sicilia, de Apulia, de Toscana, de

Romaña, de Lombardía y de las dos Marcas; pero más concretamente se refiere a ciertos poetas contemporáneos suyos –algunos de ellos amigos personales–, los representantes del llamado Stil Nuovo, tendencia expresiva de trovadores cultos en los cuales ve el futuro de la lengua italiana. En síntesis, las ideas planteadas en el tratado muestran a Dante a la vez como un gran depositario del pensamiento medieval en su época tardía, y como un visionario que sabe detectar la familiaridad de las lenguas romances, su variabilidad en el tiempo y la posibilidad de incidir (desde el ejercicio de las letras) en su desarrollo futuro, cosa que él supo lograr como ninguno para bien del italiano a través de su poesía.

En Dante Alighieri, Obras completas, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos (Nº 157), 1994, págs. 743-775.

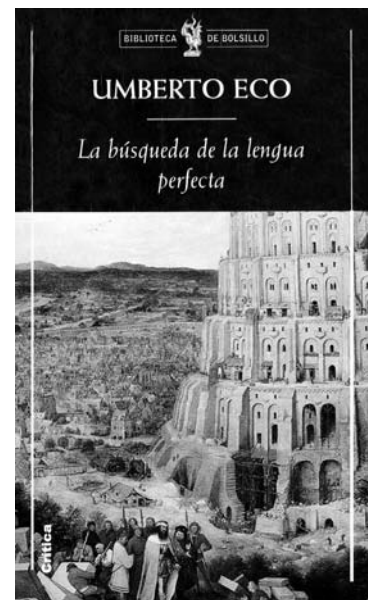
ISBN 84-7914-155-7

UMBERTO ECO:

La búsqueda de la lengua perfecta en la cultura europea

Esta obra fue publicada por primera vez en 1994 dentro de la colección “La construcción de Europa”, dirigida por el importante historiador Jacques Le Goff y editada simultáneamente en Munich, Oxford, Barcelona, Roma y París. Como lo señala su título, se restringe al ámbito geográfico y cultural de Europa, aunque su autor, Umberto Eco, admite en las páginas iniciales que “la utopía de una lengua perfecta no ha obsesionado solamente a la cultura europea. El tema de la confusión de las lenguas, y el intento de remediarla mediante la recuperación o invención de una lengua común a todo el género humano aparece en la historia de todas las culturas”.

Sobre esta materia Eco había impartido previamente algunos cursos en la Universidad de Bolonia y en el Collège de France. En el libro, evitando la exhaustividad, se ha limitado a tratar en su estudio –de carácter claramente panorámico–, sólo algunas propuestas de lenguas “perfectas” que él considera ejemplares, y que incluyen, por ejemplo, lenguas históricas consideradas perfectas a partir de su redescubrimiento, lenguas presuntamente originarias reconstruidas, lenguas construidas artificialmente, y lenguas más o menos mágicas; y descartando, entre otras, las lenguas novelescas (como las de los pueblos de las novelas de Tolkien),



y las lenguas formales de ámbito restringido (las de la química, el álgebra, etc.). En fin, como lo reitera modestamente su autor, “este libro sólo pretende seguir a grandes rasgos, y cogiendo algunas muestras, la historia de una utopía en el transcurso de casi dos mil años”.

Sostiene Eco que el origen de la Europa que hoy conocemos se encuentra entre la caída del imperio romano y el fin de la Alta Edad Media, mientras nacen los reinos bárbarorromanos y se van formando las que con el tiempo serán las lenguas del continente actual. En esos siglos, llamados oscuros, “se asiste casi a una repetición de la catástrofe babilónica”. Europa es, según Eco, antes que un mosaico de naciones, una babel de lenguas nuevas, lo que se constata mirando solamente el ámbito romanizado, en donde “se ha calculado que hacia el siglo v el pueblo ya no hablaba latín, sino galorromano, italarromano, hispanorromano o romano balcánico”.

En este contexto, sostiene Eco, mientras pierde su poder el latín —que durante el imperio había servido como lengua universal en la Europa conquistada por las legiones romanas—, y ante la arremetida expansiva de las nacientes lenguas vulgares, se inicia la conciencia crítica de Europa, que debe enfrentarse al drama de la fragmentación de las lenguas y empieza a reflexionar sobre su propio destino de civilización multilingüe. Como lo dice Eco, “para buscar una lengua perfecta hay que pensar que la propia no lo es”. Así los europeos, puesto que sufren por esta causa, intentan ponerle remedio: “ora atrás, a intentar descubrir de nuevo la lengua que había hablado Adán; ora adelante, a intentar construir una lengua de la razón que tenga la perfección perdida de la lengua de Adán”.

Afirma Eco que la historia de las lenguas perfectas es la historia de una utopía y de una serie de fracasos, lo que no le resta interés a conocer las vicisitudes por las que ha pasado este sueño y lo que ha hecho que perdure a lo largo de los siglos. En este sentido, Eco piensa que tal historia constituye un capítulo de la historia cultural europea, que cobra especial relevancia en el tiempo presente, cuando en ciertos lugares de Europa (y del mundo) unos toman las armas contra otros en nombre de su diferencia étnico-lingüística. Siguiendo a Eco, “el sueño de una lengua perfecta o universal siempre se ha perfilado precisamente como respuesta al drama de las divisiones religiosas y políticas”, o al menos como tentativa de solución a las dificultades en las relaciones económicas.

Y si la historia de este sueño consiste en una sucesión de fracasos, también es verdad que muchas teorías hoy vigentes son resultado indirecto de fallidos proyectos de lengua perfecta —Eco menciona la lingüística comparada, los lenguajes for-

males o la inteligencia artificial—. Además, al observar los vicios de las lenguas “perfectas”, tenemos oportunidad de descubrir las virtudes de las lenguas naturales.

Eco inicia su estudio señalando ciertas lagunas que presenta el texto base de la cultura europea, la Biblia —en la traducción al latín que de ella realizó san Jerónimo en el s. iv, conocida como *Vulgata*—, en el relato mítico que ofrece como explicación del origen y la diversidad de las lenguas. Según el Génesis, la creación se produce por un acto de habla de Dios, quien crea las cosas a medida que las nombra. Después, Dios le habla a Adán —¿en lenguaje humano?—, para poner a su disposición los frutos del Paraíso. Después, los animales reciben su nombre por parte de Adán, quien se convierte así en Nomoteta, es decir, en artífice del lenguaje humano. Pero ¿les dio el nombre que les correspondía por naturaleza, o uno arbitrario y convencional? Después del Diluvio, en Génesis 10, donde se hace un recuento de la descendencia de Noé, está dicho que la estirpe de cada uno de sus tres hijos, Sem, Cam y Jafet, se dispersó, diferenciándose de las otras por sus territorios, lenguas y naciones respectivas. Esto hace suponer que desde entonces hubo diversidad de lenguas, como efecto de una evolución natural; lo cual contradice lo afirmado en Génesis 11, a saber, que antes de la torre de Babel “toda la tierra tenía un solo lenguaje y unas mismas palabras”, y que como reacción a la osadía y soberbia de sus edificadores, Dios indujo en ellos la confusión de sus hablas y su dispersión por el mundo.

En relación con la Biblia, o al menos con sus primeros textos, Eco nos recuerda que es en Europa donde surge la Cábala, corriente del misticismo hebreo que según él desempeñaría un importante papel en la búsqueda de la lengua perfecta. Los cabalistas, que se insertan en la tradición del comentario del texto sagrado (la Torá), intentan hallar, a través de técnicas interpretativas como el *notaricón* (búsqueda de acrósticos), la *gematria* (asignación de números a las letras) y la *temurá* (permutación de letras), “la Torá eterna, anterior a la creación y entregada por Dios a los ángeles”, que de alguna manera es el molde y arquetipo del mundo, y en la cual brillan con toda su luz las letras del alfabeto hebreo, con las cuales Yahvé creó el mundo según uno de los textos fundamentales de la Cábala, la *Sefer Yetsirah* (*Libro de la creación*, escrito entre los siglos II y VI): “las veintidós letras fundamentales las grabó, las modeló, las sopesó y las permutó, y formó con ellas todo lo creado y lo que se ha de crear en el futuro”. Para el cabalista Abufalia —nos cuenta Eco—, “los elementos atómicos del texto, las letras, tienen significado por sí mismos (...). Cada letra es ya un nombre divino”.

De acuerdo con Eco, el tratado *De vulgari eloquentia* (*Sobre la lengua vulgar*) es el primero en el medioevo cristiano que aborda de manera integral un proyecto de lengua perfecta, la cual para su autor, Dante, no era otra que la lengua vulgar ilustre, que recoge lo mejor de los diferentes dialectos para expresarse poéticamente, y de la cual él mismo se declara fundador, en compañía de algunos poetas amigos.

La búsqueda de la lengua perfecta asume en un principio, nos dice Eco, la hipótesis monogenética, es decir, la de que todas las lenguas derivan de una sola y perfecta, papel que en la Edad Media se atribuyó unánimemente al hebreo. Pero en el Renacimiento comienzan a aparecer argumentaciones apoyadas en Génesis 10 contra la primacía del hebreo y en favor de la idea de un grupo de lenguas madre sin relaciones de parentesco. Posteriormente, algunos aventurarán la tesis de la posible existencia de lenguas prehebreas como el chino; mientras otros terminarán hallando motivos para razonar que es la lengua de su propio país (italiano, español, holandés, alemán, etc.) la que recibió la antorcha de la perfección después de la confusión babilónica.

Otros optaron por considerar que las lenguas perfectas eran las que se servían de imágenes, admirados principalmente por el misterio de las inscripciones egipcias y la milenaria sabiduría que podían encerrar. Uno de ellos fue el célebre jesuita A. Kircher, quien antes de la piedra Rosseta intentó descifrar los jeroglíficos de Egipto y se interesó también por el chino, aunque terminó por pensar que sus ideogramas, comprensibles también para japoneses, coreanos y cochinchineses, diferían fundamentalmente de los pictogramas egipcios porque no eran hieráticos ni permitían comunicar verdades ocultas al profano. Del mismo Kircher, inspirada en sus investigaciones previas, es la propuesta de una poligrafía, esto es, una lengua escrita o alfabeto internacional de ejecución verbal no prevista, entre muchas que proliferaron hacia el s. XVII.

El surgimiento de las lenguas filosóficas a priori constituye, de acuerdo con Eco, un cambio de paradigma en la búsqueda de la lengua perfecta, que deja de estar supeditada al dogma religioso para reflejar el anhelo filosófico de una lengua universal que permita lograr el progreso científico y la armonía entre los pueblos. Este tipo de proyectos tuvieron su auge en Inglaterra, donde no faltaban motivos de índole comercial que los impulsaran, y algunos de sus exponentes examinados por Eco son George Dalagarno, John Wilkins (cuyo proyecto de lengua expone con asombro y humor Borges en algún ensayo) y Francis Lodgwick.

Como el sueño de una lengua perfecta se resiste a morir, a lo largo de todo el siglo XVIII proliferan los proyectos de lenguas universales, pero ya en el s. XIX éstos son reemplazados por las llamadas lenguas internacionales auxiliares, que ya no son lenguas *a priori*, sino *a posteriori*. Una de ellas es el esperanto, que ha tenido una difusión creciente desde que lo propuso en 1887 el polaco Lejzer L. Zamenhof, y al cual incluso han sido traducidas numerosas obras literarias, aunque, como recuerda Eco, si todos los humanos nos pusiéramos de acuerdo para hablarlo, en poco tiempo el simple uso la convertiría en un grupo de dialectos diferenciados.

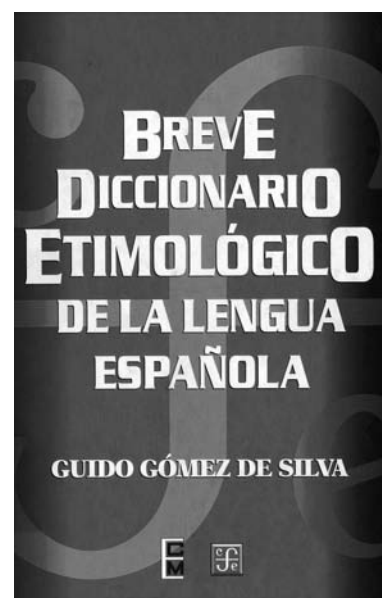
Eco sugiere que en nuestros días se ha producido un cambio de signo en la valoración del mito babilónico, pues se lo mira ahora como el fenómeno positivo que ha permitido el surgimiento de las naciones y del sentimiento de identidad nacional. Desde luego, sigue viva la visión del mito como drama: “la torre de Babel [...] es una exhibición de lo inacabado”, como lo ha dicho Derrida. Pero el desafío para los europeos del futuro, afirma Eco, está en lograr constituirse como “una comunidad de personas que puedan captar el espíritu, el perfume, la atmósfera de un habla distinta”. Dicho de otra forma, y extendiéndolo a la humanidad entera, “a los hijos de Adán les queda la herencia de ganarse el pleno y armónico señorío de la torre de Babel”.

Barcelona, Crítica (colección “La construcción de Europa”), 1994, 318 págs.
ISBN 84-7423-652-5

GUIDO GÓMEZ DE SILVA:
Breve diccionario etimológico de la lengua española

Guido Gómez de Silva es doctor en Letras, ha sido profesor de lingüística, y ha trabajado en las Naciones Unidas como jefe de las secciones de Terminología (en Nueva York) y de Lenguas (en el marco del PNUMA, en Nairobi). Aunque el título de su obra —publicada originalmente en Amsterdam en 1985, en versión inglesa del propio autor— anuncia que se trata de un diccionario breve, se precia en el subtítulo de reunir cerca de diez mil artículos y mil trescientas familias de palabras, que abarcan todos los campos de la actividad humana, incluidas la ciencia y la técnica.

El propósito del diccionario, en palabras de su autor, es “seguir la pista de cada palabra española hasta el tiempo más



remoto posible para hacer conocer al lector la historia de la evolución de la lengua castellana”, siempre bajo criterios de exactitud, concisión y claridad. Esto lo hace remitiendo la actual palabra española y su significado, a las predecesoras en otras lenguas, tratando de llegar al pasado más remoto mediante formas reconstruidas y significados inferidos.

“La etimología –sostiene Gómez de Silva– es la historia de las palabras, y, como las palabras representan cosas, es con frecuencia la historia de las cosas, y por tanto de la civilización”. Sin duda, no sólo la historia, sino incluso la prehistoria puede también ser rastreada a través del estudio de la etimología. Así, en las más de 700 páginas que tiene su diccionario, nos invita Gómez a una exploración hacia el pasado de nuestra lengua y de quienes antes que nosotros la han hablado, que nos permite saber, por ejemplo, que la palabra *guerra* es

de origen germánico, pariente cercano de la voz inglesa *war* y hermana de *barrer* y *basura*. O que el origen de nuestra palabra *náusea* está en la raíz indoeuropea *naus-*, que significa ‘nave, embarcación’. O, en fin, que algunas palabras no han cambiado a lo largo de siglos y lenguas, como *sandalia*, casi idéntica en el latín y el griego.

El diccionario resulta también útil como herramienta para quien desee ampliar su vocabulario, ya que la etimología sirve como recurso mnemotécnico para recordar el significado de palabras recién aprendidas y para conocer, más que nuevas palabras aisladas, familias léxicas enteras. Además, como la etimología de las pala-

bras castellanas pone en evidencia sus relaciones con otras lenguas –principalmente de Europa–, el libro ofrece también el origen de miles de palabras francesas, inglesas, italianas, portuguesas, etc. No todas las palabras del español tienen origen indoeuropeo, pero sí la gran mayoría, de manera que el diccionario logra ofrecer, en palabras del autor, “una imagen bastante completa de la etimología indoeuropea”.

Afirma Gómez de Silva que son pocos los diccionarios etimológicos españoles, y entre ellos sólo los de Joan Corominas (el último de los cuales es el *Diccionario crítico y etimológico castellano e hispánico*, Madrid, Gredos, 1980-84) se atienen a técnicas correctas y conocimientos lingüísticos modernos. El diccionario de Gómez de Silva también lo hace, pero además incluye algunos tipos de entradas que por lo general no se tienen en cuenta, como, por ejemplo, las relativas a nombres de

ciudades, países, y culturas, nombres personales, nombres de las letras del alfabeto y de las notas musicales y neologismos.

México D.F., Fondo de Cultura Económica / El Colegio de México, 2ª ed., 4ª reimp., 2004, 738 págs.

ISBN 968-16-2812-8

JUAN CARLOS MORENO CABRERA:

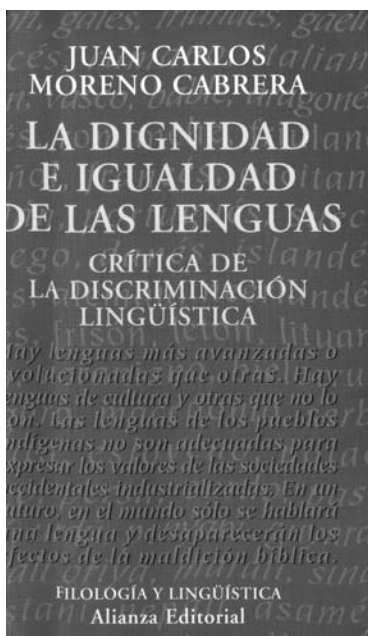
La dignidad e igualdad de las lenguas. Crítica de la discriminación lingüística

Juan Carlos Moreno Cabrera, autor de este libro, es catedrático de lingüística en la Universidad Autónoma de Madrid. En su investigación parte de lo que para él es una constatación ineludible de la ciencia lingüística al iniciarse el siglo XXI: que no hay en el planeta lenguas que puedan ser llamadas “primitivas”, y que, así como hoy sólo existe una especie humana, a ella le corresponde una única especie lingüística, es decir, una misma clase de sistema comunicativo, aunque es verdad que en el seno de este sistema se dan diferencias considerables de un individuo a otro, esto es, de una lengua a otra.

Por esto, afirma Moreno Cabrera, no es posible basarse en criterios lingüísticos para establecer entre las lenguas valoraciones jerarquizadoras que presenten a unas como superiores a las otras. Como él lo explica, “la discriminación lingüística no puede justificarse gramaticalmente”. O, dicho de otra manera, no se tiene conocimiento científico acerca de una característica lingüística que permita establecer que una lengua es mejor o peor que otra, y por lo tanto no es científica ninguna clasificación que determine niveles de excelencia entre las lenguas.

Sin embargo, tal discriminación es una realidad que se impone en el mundo contemporáneo con la fuerza de un prejuicio tan arraigado en nuestras mentes que ya no nos percatamos de su existencia. Contribuye a esta realidad el poder expansivo que, en los últimos 7.000 años, han demostrado las culturas indoeuropeas, y que ha conllevado a un arrinconamiento (cuando no desaparición) de las lenguas y culturas autóctonas de muchas regiones del globo.

En su libro Moreno busca someter a crítica algunas ideas a través de las cuales se expresa dicha discriminación, en particular en el campo de la ciencia lingüística misma, en donde los prejuicios de valor en torno a la diversidad de lenguas pueden no ser evidentes de inmediato, pues aparecen disimulados bajo la forma de argumentaciones sutiles y afirmaciones aparentemente científicas y objetivas –que presumen de ser del todo ajenas a las contingencias sociopolíticas– sobre



supuestas diferencias de calidad entre las lenguas humanas: “de entrada, hay que decir que los lingüistas, como cualquier otra persona, no estamos tampoco libres de los prejuicios sobre la evaluación de las lenguas”. Es decir, que incluso en el terreno de esta rigurosa disciplina pueden germinar prejuicios discriminatorios; por esto, el autor considera obligación prioritaria del lingüista desenmascarar y combatir estos prejuicios y poner a todas las lenguas en pie de igualdad, “a pesar de las grandes diferencias culturales, políticas, económicas, demográficas, sociales e incluso lingüísticas que van asociadas a ellas”.

Este igualitarismo lingüístico que Moreno defiende es, según él afirma, fruto de una deducción científica basada en los conocimientos acumulados por los hombres desde que se han preguntado por el lenguaje, y que muestran, bajo la inconmensurable diversidad de lenguas, los mismos principios básicos, mecanismos gramaticales, procesos estructurales y objetivos comunicativos. Todo ser humano nace preparado para adquirir naturalmente la lengua que se hable en su entorno, así sea diferente a la de sus padres. Entre las propiedades universales que definen a las lenguas humanas, Moreno menciona que todas tienen un inventario limitado de sonidos vocálicos y consonánticos con unas reglas de combinación, todas tienen un elenco de palabras, que permiten formar otras y se agrupan en familias, y todas tienen unas reglas sintácticas para unir las palabras y obtener oraciones. Además, en cuanto a su uso, todas permiten informar veraz o falsamente, preguntar, dar órdenes, expresar razonamientos, connotar y expresar los mensajes con belleza.

Moreno se encarga de desmontar nociones como las de lengua y dialecto –las llamadas “lenguas” no son más que dialectos oficializados–, viejas creencias como la que ve en la diversidad de lenguas un castigo divino –la confusión babélica narrada en el Génesis–, o actitudes etnocéntricas como las del chovinismo lingüístico recurrente entre europeos de diversas nacionalidades. O el mito común de considerar que ciertas lenguas muestran un vínculo más directo con las características del entorno físico y el contexto práctico de sus hablantes, lo que las hace primitivas, mientras otras están menos apegadas a la realidad física, son más abstractas y por ende más evolucionadas y civilizadas; y que éstas serían, por sus calidades funcionales, más fáciles de aprender, mientras aquéllas, por su parte, son por naturaleza caóticas y difíciles. Otro lugar común a combatir, en fin, es la idea de que se puede medir el valor y la riqueza de una lengua en términos del número de sus hablantes.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que los idiomas son creación del pueblo, así que no tiene sentido considerar el habla vulgar como una corrupción de la lengua, porque, según este criterio, el hoy digno castellano no es más que un habla que arruinó el latín de los tiempos de Horacio y Virgilio. Lo cual, de paso, nos recuerda que el origen de toda gran lengua es siempre muy humilde.

Tampoco son superiores las lenguas con escritura frente a las que no la tienen, ni lo son las de escritura alfabética frente a las de escritura silábica o logográfica (como la china). Ventaja de esta última es que en ella cada signo tiene un significado que puede ser entendido de la misma forma por individuos con lenguas diferentes, como también ocurre, por ejemplo, con los signos numéricos indoarábicos: 2005 se escribe igual en un periódico japonés, griego o ruso, aunque en cada idioma se lea y pronuncie de diferente manera. De igual forma, el no contar con una literatura escrita no descalifica a una lengua: de hecho, la mayor parte de la literatura de una lengua se asienta, en mayor o menor grado, sobre su lengua hablada.

Ni son superiores las lenguas que se precian de su riqueza léxica: cuantas más palabras tenga una lengua, menos rodeos se necesitan para expresarse y más cortos han de ser los mensajes, con lo que se empobrece la sintaxis. Además, gran parte del léxico de las grandes lenguas es prestado; el español, por ejemplo, abunda en germanismos, arabismos, galicismos, anglicismos, cultismos griegos y latinos, etc., sin los cuales se reduciría sustancialmente su capacidad expresiva.

Por último, Moreno recuerda las distintas formas como puede una lengua desaparecer: gloriosamente, disolviéndose como lengua madre de una familia de variedades descendientes, como le ocurrió al latín, o extinguirse abruptamente por una catástrofe natural que acaba con sus hablantes, o de la peor manera, cuando éstos consideran que no vale la pena enseñársela a sus hijos. Esta situación es hoy común a numerosas lenguas, y es sin duda uno de los problemas culturales más graves que enfrenta el mundo actual. Es la coyuntura que hoy viven, por ejemplo, las distintas variantes del romaní, la lengua de los gitanos europeos, lengua quizá más de Europea que cualquier otra si se mira su amplia presencia en el continente, pero que sufre los efectos de la marginación del pueblo gitano.

Madrid, Alianza Editorial (colección “El libro universitario”), 2000, 316 págs.

ISBN 84-206-6744-7

JOSÉ G. MORENO DE ALBA:

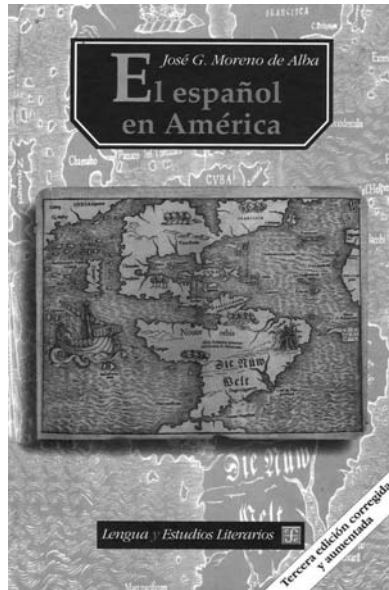
El español en América

José G. Moreno de Alba es investigador del Instituto de Investigaciones Filológicas, profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y miembro de número de la Academia Mexicana. Ha escrito numerosos artículos sobre filología y lingüística, y libros como *Diferencias léxicas entre España y América* (1992), *La pronunciación del español en México* (1994) y *El lenguaje en México* (1999). Dentro de esta línea de investigación, centrada en el análisis de la evolución y el desarrollo de la lengua de Hernán Cortés en nuestro continente, acaso la más ambiciosa de sus obras sea la que ahora comentamos.

Al presentar su libro como un estudio sobre el español en América, el autor enfatiza que no hay una sola modalidad de esta lengua diseminada uniformemente por toda la extensión de los países americanos de habla española, sino más bien una variedad de modalidades lingüísticas del español –lo cual, dicho sea de paso, ocurre también en el más reducido territorio de España–, aunque las diferencias dialectales, desde luego, no suprimen entre los hispanohablantes americanos el sentimiento de pertenecer a una comunidad cultural unida que trasciende las fronteras nacionales.

Moreno de Alba se remonta en el inicio de su estudio a la primera historia escrita de nuestro idioma: *Origen y principio de la lengua castellana* (Roma, 1606), de Bernardo de Aldrete, donde por primera vez se registra, mediante referencias a la expansión ultramarina del español –que ya entonces se dispersaba por el orbe–, el uso de una lengua europea fuera de su área de origen; aunque, como lo aclara Moreno de Alba, la noción de un “español de América” que pudiera ser objeto de una disciplina autónoma de la filología romance sólo llegaría mucho después, con Rufino José Cuervo.

Cabe también recordar que 1492, año en que Colón cruza el Atlántico y llega a las Antillas, es el mismo en que los Reyes Católicos decretan la expulsión de los judíos españoles. Pero si la lengua sefardí ha perdurado “petrificada” hasta nuestros días –ya casi extinta–, con muy pocos cambios frente al español de finales del s. xv, el español americano ha evolucionado incesantemente en los últimos quinientos años. Por otra parte, el español no llegó de una sola vez y con el mismo rostro a la totalidad del territorio americano donde hoy se ha-



bla, sino en oleadas sucesivas: las Antillas comenzaron a ser pobladas por los españoles desde finales del s. xv, pero la conquista de México sólo se inició unos veinte años después, en 1521; Cartagena de Indias fue fundada en 1533, las primeras ciudades de Ecuador, Perú y Bolivia datan de 1530-50, y en los países del cono sur el proceso de conquista llegó a ser aun más lento, prolongándose hasta finales del s. xvii.

Desde luego, a lo largo de cerca de dos siglos de poblamiento, el español cambió, y de igual manera las semillas que de él fueron esparciéndose por el Nuevo Mundo, lo que queda más claro si se tiene en cuenta

la variada procedencia geográfica, social y cultural de los españoles que llegan al continente. Sin embargo, esto no impidió que se desembocara poco a poco en procesos de koineización –o establecimiento de un dialecto común–, que se explican por “la necesidad de identificación entre los hablantes de los diferentes dialectos en un nuevo ambiente”, y a través de los cuales “la heterogeneidad lingüística inicial converge hacia un estadio final que puede ser ya denominado *español de América*”.

Ahora bien, ¿se destacó un dialecto particular del español peninsular sobre los demás entre los primeros colonizadores? ¿Predominaron los inmigrantes de una región determinada de España, de forma que impregnaron desde un principio con el peculiar “sabor” de su habla al español americano? Estas preguntas han suscitado un largo debate académico del cual Moreno de Alba rinde detallada cuenta, en torno al predominio o no del habla andaluza en América. La primera referencia a esta hipótesis se encuentra en la *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada* (Amberes, 1688), de Lucas Fernández de Piedrahita, quien refiriéndose a los pobladores de Cartagena de Indias escribe: “los nativos de la tierra, mal disciplinados en la pureza del idioma español, lo pronuncian generalmente con aquellos resabios que siempre participan de la gente de las costas de Andalucía”. Doscientos años después, en 1885, reiterando el mismo planteamiento, R.J. Cuervo sostiene en sus *Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano* que la influencia andaluza fue la que prevaleció en América, lo cual se evidenciaría principalmente en fenómenos como el *seseo* y el *yeísmo*, afín a ambas hablas. Por esta tesis terminaron inclinándose también el eminente hispanista Ramón Menéndez Pidal y, más recientemente, estudiosos como Rafael Lapesa.

Entre los grandes detractores de esta teoría, sin embargo, se encuentran figuras de la talla de Pedro Henríquez Ureña y Amado Alonso, y la polémica aun está hoy lejos de haber quedado zanjada del todo: algunos han recalcado la poderosa corriente migratoria procedente de las islas Canarias, cuyo influjo ha sido confundido sin más con el de Andalucía, cuando su aporte es el de una adaptación concreta del habla andaluza, procedente en particular de Sevilla, trasladada de las Canarias al Nuevo Mundo; otros, dándole un giro a esta argumentación, han opinado que no es legítimo hablar en general de andalucismo en el español de América, sino, para ser más precisos, de sevillanismo; el propio Moreno de Alba, apoyándose en juicios como los del etimólogo Joan Corominas –para quien en fonética el andalucismo americano es discutible, y “en materia de vocablos no tiene sentido alguno”–, declara que no hay evidencia de un léxico andaluz predominante en América.

Como lo reitera el autor, el andalucismo en América es hoy un problema vigente que todavía sigue generando discusiones. Pero, desde luego, en el poblamiento español de América también participaron europeos de nacionalidades vecinas, y por ellos se difundieron voces como *íngrimo* (del portugués), *campeón* (del italiano), *tope* y *vendaval* (del francés). Son también innegables otras influencias sobre el español americano, y una destacable desde el principio es la africana, que no siempre fue resultado directo de los esclavos negros, pues no fueron éstos sino los navegantes españoles familiarizados con la costa atlántica del África ecuatorial quienes trajeron en su habla al continente americano africanismos como *ñame* y *banano*. Incluso es posible encontrar tempranamente en el español americano voces de origen oriental como *té*, que aparece ya en textos del s. xvii, y otras como *biombo*, sobre todo porque puertos de América como Acapulco eran enclaves indispensables del comercio de España con el lejano Oriente.

Capítulo aparte merece en la evolución del español americano el influjo, ya no de los grupos de inmigrantes, sino de las poblaciones nativas del continente conquistado. Moreno desmiente la común idea de que la sustitución violenta de las lenguas nativas fuera voluntad expresa del proyecto conquistador español: el objetivo fundamental, sostiene, era la cristianización de la población autóctona, y desde luego su incorporación a la economía del imperio como fuerza de trabajo, y aunque la conquista suponía tarde o temprano la hispanización lingüística, en un principio se consideró innecesaria y onerosa la enseñanza del castellano entre los indígenas, quienes vivían en sus propias aldeas, donde resultaba más expedi-

to catequizarlos en sus propias lenguas. Pero aunque en general los monjes misioneros se aplicaron con pasión a aprenderlas, el gran obstáculo para la cristianización de los americanos fue su enorme diversidad lingüística, y la estrategia de las autoridades españolas para enfrentar este problema fue adoptar en cada región una especie de *lingua franca* nativa cuyo uso se fomentó incluso entre las comunidades que no lo hablaban. En México fue elegido el náhuatl, que, según cuenta Moreno, con la ayuda de los misioneros llegó a hablarse en un área aun mayor que la que pudo alcanzar en el momento de máximo esplendor el imperio azteca. Otro tanto ocurrió en el sur: en el Virreinato del Perú se escogió el quechua, en detrimento de su competidor, el aimara; en el de Nueva Granada desempeñó este papel el chibcha; en Paraguay lo cumplió el tupiguaraní, que también resultaba útil en buena parte de la región del río de la Plata e importantes áreas de Brasil.

Esta situación cambia en el s. xviii con la llegada al trono de Carlos iii, quien, de acuerdo con los ideales ilustrados, buscó darle por igual a todos sus dominios ultramarinos las luces de la lengua española mediante la Cédula de Aranjuez, de 1770, en la que ordena que “se extingan los diferentes idiomas de que se usa [en América y Filipinas] y sólo se hable el castellano”. Como era de esperarse, el efecto de la real Cédula fue casi nulo, y después de las guerras de independencia, según afirma Moreno, las nuevas repúblicas estaban conformadas en términos demográficos por una enorme mayoría de población que no entendía, ni menos hablaba, el español. Sin embargo, la verdadera expansión de éste ya se viene dando desde los tiempos coloniales, en forma lenta –y literalmente silenciosa– pero firme, a través del mestizaje, y seguirá en curso por la misma vía durante los ss. xix y xx, aunque incluso hoy siguen siendo millones en los países hispanoamericanos los indígenas que sólo hablan su lengua nativa e ignoran el español.

Tan concienzudamente como lo hace con la polémica sobre el andalucismo del habla americana, Moreno de Alba expone una variedad de temas referentes a la evolución del español en nuestro continente, como, por ejemplo, la no despreciable –aunque tampoco tan profunda como la suponen muchos estudios– penetración de las lenguas nativas americanas (arahuacas, taínas, caribes, cumanaotas, náhuatl, mayas, tupiguaraníes) en el español, tanto en léxico como en rasgos fonéticos (lo que, según Moreno, es apreciable en el español hablado en Paraguay) e incluso gramaticales.

En cuanto a la unidad del español, Moreno recuerda la célebre polémica que enfrentó a Rufino J. Cuervo, quien opina-

ba que gradualmente el español se fragmentaría generando un grupo de lenguas nacionales, como le había ocurrido al latín, con Juan Valera, quien sostenía que para que eso ocurriera tenía que suceder antes algo equiparable a otra invasión de los bárbaros. Apoyado en otros autores, Moreno parece darle la razón al creador de *Pepita Jiménez*, afirmando que por razones como el crecimiento de las ciudades, y, en especial, de la comunicación masiva, “la unidad de la lengua, particularmente la llamada culta, es indudablemente mayor que antes”.

Aunque para Moreno la labor de dividir el continente en zonas dialectales está plagada de dificultades, y está condenada a caer en inevitables imprecisiones, resulta sin embargo indispensable intentarla, y no es negativo sino enriquecedor el que se formulen diferentes propuestas de división, pues los distintos enfoques pueden contribuir a una más completa comprensión del problema. Entre los atlas lingüísticos elaborados en América, Moreno destaca el de Colombia, “el proyecto más ambicioso [...] en lo referente a geografía lingüística, [...] admirable y laboriosa empresa del instituto Caro y Cuervo”.

En lo tocante a la evolución fonética del español americano, Moreno distingue en sus orígenes dos momentos clave: el primero, al imponerse en el continente la modalidad andaluza sobre la castellana (s. XVI); el segundo, cuando se hace notar una pronunciación criolla o americana frente a la peninsular (s. XVII). Considera al característico *seseo* del español americano como un fenómeno de evolución temprana, y al de la nivelación de *ll* y *y*, también muy presente en América, como uno de evolución tardía (s. XVIII). Adicionalmente, Moreno describe algunos rasgos fonéticos peculiares regionales y ofrece un breve resumen de las particularidades fonéticas de cada país.

Al igual que en el campo de la fonética, Moreno lamenta la escasez de estudios en el de la gramática del español americano. Algunos de sus rasgos característicos serían, en lo referente a los pronombres, por una parte, el uso generalizado de *ustedes* en reemplazo del peninsular *vosotros*, la ausencia de *leísmo* (*le amo* en lugar de *la amo* o *lo amo*), *laísmo* y *loísmo*

en el pronombre de tercera persona, la pervivencia del voseo en grandes áreas y la preferencia por ciertas formas verbales y tiempos de la conjugación en detrimento de otras (*cantara* en lugar de *cantase*, *voy a cantar* en lugar de *cantaré*, *canté* en lugar de *he cantado*).

En lo referente al léxico, los americanismos incluyen, además de los ya mencionados indigenismos, aquellos vocablos que algunos investigadores han llamado “arcaísmos”, pero que sólo son tales en España, donde sí han caído en desuso, mas no en América, por lo que según Moreno cabría mejor llamar *pseudoarcaísmos*, o sobrevivencias léxicas americanas, que en todo caso nunca tienen extensión continental. Otras clases de americanismos las conforman los marinerismos, éstos sí verdaderos arcaísmos sobrevivientes del vocabulario de los

marineros de los siglos XVI y XVII; los abundantes neologismos que permanentemente surgen regionalmente, tendencia a la que es mucho más propenso el español americano que el peninsular; anglicismos y otros extranjerismos.

Rigurosamente respaldado en abundantes fuentes bibliográficas, no pareciendo haber dejado de lado ninguna

documentación ni estudio importante sobre el tema, minucioso en cada una de sus explicaciones, este libro de Moreno constituye una guía indispensable para quien desee conocer en detalle la evolución del español americano.

México D.F., Fondo de Cultura Económica (colección “Lengua y estudios literarios”), 3ª ed., 1ª reimp., 2004, 336 págs.

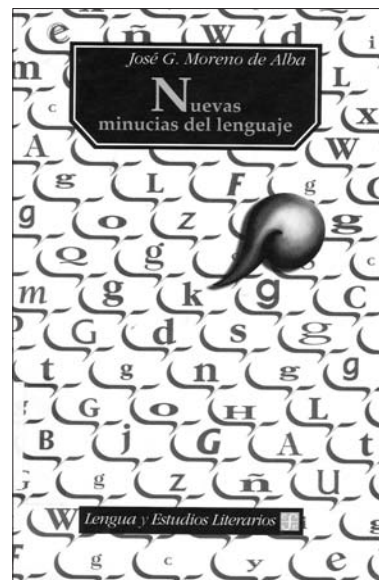
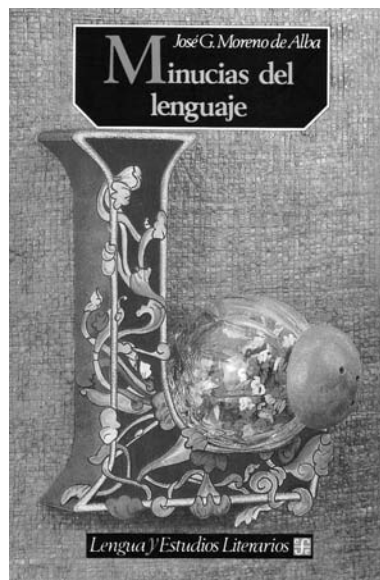
ISBN 968-16-6393-4

JOSÉ G. MORENO DE ALBA:

Minucias del lenguaje

y Nuevas minucias del lenguaje

Sostiene Moreno que “en casi todas las lenguas llamadas de cultura existe la tradición de reflexionar sobre asuntos de ‘corrección lingüística’”. De hecho, nos dice, las Academias de la lengua suelen tener por objetivo el emitir normas que



garanticen tal corrección. Ahora bien, ¿qué parámetros deben orientar la emisión de normas, para que ellas no terminen siendo simple fruto de la arbitrariedad?

Quizás antes de responder a esta pregunta habría que contestar a esta otra: ¿qué es exactamente una norma? En el campo de la lingüística –nos explica Moreno–, *norma* es, por un lado, la regla, es decir, lo que debe ser –*lo normativo*–; pero por otro, es también lo usual, lo habitual, lo que simplemente es –*lo normal*–; ahora bien, existe una estrecha relación, y no un enfrentamiento, entre estos dos sentidos de norma. Para Moreno, en el campo del lenguaje, aunque se pretenda como finalidad lo normativo, se necesita antes conocer lo normal, cosa que se logra a través del estudio descriptivo.

Es por esto que “para la redacción de propuestas normativas” Moreno recomienda muy enfáticamente tener en cuenta “el análisis lingüístico de los *buenos* escritores”, es decir, aquellos que “de manera consciente o inconsciente siguen las normas establecidas por el común de los hablantes llamados ‘cultos’”. Éstos, por su parte, no son los eruditos o intelectuales, “sino cualquiera que recibió educación, que tiene el hábito de la lectura, que suele trabajar más con el cerebro que con las manos, etc.” De acuerdo con Moreno, la suma de estas hablas produce la norma culta, y ésta difiere, por ejemplo, entre México, Bogotá y Madrid.

También es claro para Moreno de Alba que en la determinación de los hábitos lingüísticos, es decir, de la *normalidad* de la cual debe derivar la *normatividad*, desempeñan un papel fundamental campos científicos como la dialectología (que estudia las variantes geográficas de las lenguas) y la sociolingüística (que estudia los cambios lingüísticos según el nivel sociocultural del hablante). Moreno propone que se formulen recomendaciones normativas a partir de investigaciones en estas dos disciplinas.

De alguna manera, son estas pautas –que de acuerdo con Moreno deberían guiar a los académicos de la lengua en su labor normativa–, las que definen el tono, temática y metodología de las notas de prensa reunidas en estos dos libros, aparecidas originalmente en algunos periódicos mexicanos como *Unomásuno*. En ellas se evidencia que los artículos lingüísticos y filológicos de divulgación pueden, sin dejar de ser en cierto modo normativos, hacer mayor énfasis en la mera descripción de los fenómenos.

A través de estas notas divulgativas con lujo de precisión erudita –e indudablemente de “corrección” lingüística– que nos ofrece Moreno de Alba, podemos enterarnos de cuestiones como el tratamiento dado a la mujer en el diccionario, de-

talles sobre la transcripción que se conserva del diario de Colón, o la historia del vocablo *tiza*, un nahuatlismo usado tanto en España como en América, excepto precisamente en México, su país de procedencia. O, entre muchas otras curiosidades y minucias del español, que la interjección *¡caray!*, que R.J. Cuervo definía como “voz de infame parentela, que ojalá no se usara en ninguna parte”, es un eufemismo de *carajo*, cuyo significado original es “miembro viril”, de lo cual sin duda ya nadie se acuerda cuando lo dice. *¡Caray!*

Minucias del lenguaje: México D.F., Fondo de Cultura Económica (colección “Lengua y estudios literarios”), 1ª ed.: 1992, 5ª reimp.: 2001, 558 págs.

ISBN 968-16-3718-6

Nuevas minucias del lenguaje: México D.F., Fondo de Cultura Económica (colección “Lengua y estudios literarios”), 1ª ed.: 1996, 2ª reimp., 2000, 438 págs.

ISBN 968-16-4856-0

JEAN-JACQUES ROUSSEAU:

Ensayo sobre el origen de las lenguas

En el *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, encontramos tanto a un teórico musical con capacidad de formalización, como a un pensador relacionable con la etnología y el estructuralismo, que de hecho inspiró un largo capítulo del tratado *De la gramatología* de J. Derrida. En este sentido, como lo plantea Adolfo Castañón en la “Advertencia” a esta edición, “el *Ensayo* es una premonición de algunos derroteros de la lingüística actual y de la neorretórica francesa”, y además un texto pionero de la relativización moderna de las ideas y creencias.

El texto comienza con un examen de los diversos medios de comunicar los pensamientos. Según Rousseau, la comunicación no se limita al habla ni es exclusiva de los humanos, y se encuentra también, por ejemplo, entre animales que trabajan y viven en común, como los castores, las abejas y las hormigas, todos ellos “dueños de alguna lengua natural para comunicarse entre sí”, la cual en ciertos casos puede limitarse al gesto visible y hablarle así sólo a los ojos. La diferencia con la lengua de los humanos está en que la de los animales es, como él la llama, *natural*, lo que significa que los anima-



les “la tienen ya al nacer, la tienen todos y en todas partes es la misma, [y] no la cambian en absoluto”. La lengua humana, por el contrario, es adquirida, de convención, y es lo que explica que el hombre “haga progresos, para bien o para mal”, lo cual está vedado a los animales.

Para Rousseau, es notoria la eficiencia de los signos visuales, verdaderas argumentaciones a los ojos, “elocuencias mudas” que, lejos de limitarse a los gestos, pueden involucrar *performances* complicadas o simples que ratifican el poder del acto como vehículo comunicativo. Nos insiste Rousseau: “se habla mucho mejor a los ojos que a los oídos”. De esto concluye que “si nunca hubiésemos [los humanos] tenido otra cosa que necesidades físicas, muy bien habríamos podido no hablar nunca y entendernos a la perfección exclusivamente con la lengua de los gestos”, los cuales nos habrían bastado para desarrollar sociedades con leyes, oficios y comercio similares a las que han existido con la palabra.

Rousseau considera insostenible la idea de que los hombres inventaron la palabra para expresar sus necesidades. Según él, las necesidades –cuyo efecto no fue acercar a los hombres y comunicarlos, sino alejarlos, lo cual, por otra parte, era preciso para que pudieran dispersarse por la tierra y poblarla– dictaron los primeros gestos, pero fueron las pasiones –que Rousseau define como “necesidades morales”, y que sí aproximan a los hombres– las que están en el origen de las lenguas. “No fue el hambre ni la sed, sino el amor, el odio, la piedad, la cólera, los que les arrancaron [a los hombres primitivos] las primeras voces”. “Para conmovier a un corazón joven, para rechazar a un agresor injusto, la naturaleza dicta acentos, gritos, quejas: he ahí por qué las primeras lenguas fueron melodiosas y apasionadas antes que sencillas y metódicas”.

Así, la palabra puede ser menos efectiva comunicativamente que el golpe contundente de la imagen, e incluso “los discursos más elocuentes” pueden ser “aquellos en que se insertan imágenes”, pero “cuando se trata de conmover el corazón y de inflamar las pasiones, es absolutamente distinto”, porque la impresión sucesiva del discurso, “que afecta mediante golpes redoblados”, suscita una emoción más intensa. Para Rousseau, “las pasiones tienen sus gestos, pero también tienen sus acentos”. Y es posible voluntariamente dejar de mirar el gesto o el acto del otro, pero no dejar de oírle; por esto, aunque los signos visibles son más exactos, el interés se excita mejor mediante los sonidos, ya que “esos acentos que nos hacen estremecer, [...] a los que no puede uno sustraer su órgano, penetran por él hasta el fondo del corazón, [...] haciéndonos sentir lo mismo que oímos”.

Desmintiendo a quienes imaginan una evolución “metódica y didáctica” de las lenguas, Rousseau supone que la lengua de los primeros hombres no fue de geómetras, sino de poetas, esto es, figurada antes que razonada, porque, en lo que a lenguaje se refiere, “no se empezó por razonar, sino por sentir”: “como los primeros motivos que hicieron hablar al hombre fueron las pasiones, sus primeras expresiones fueron los tropos. El lenguaje figurado fue el primero en nacer; el sentido propio fue encontrado el último”. Es decir, “al principio sólo se habló en poesía”, porque la pasión del hombre primitivo fascinaba sus ojos produciendo una imagen ilusoria, la de la palabra figurada, y “la primera idea que ella nos ofrece no es la de la verdad”.

Rousseau se aventura a especular sobre los rasgos físicos que debían haber distinguido a la primera lengua de los hombres: las palabras tendrían todavía poco de lo que para él es el elemento de convención en el lenguaje: las articulaciones (consonantes), pero mucho de lo que considera sus elementos naturales: los sonidos (vocales), los acentos (notas) y los tiempos (ritmo), que serían todos muy variados, y que “llevarían a cantar en vez de hablar”. Las palabras serían imitación de la fuerza de la pasión o de la impresión del objeto sensible. Sería una lengua con muchas irregularidades y que le daría muchos nombres a una misma cosa, pero eufónica y eurrítmica, persuasiva, pictórica; con pocas palabras abstractas y poco argumentativa.

La especie humana, plantea Rousseau, surgió en los países cálidos, y de ahí se extendió a los fríos, donde se multiplicó. Después de su dispersión, fueron los accidentes de la naturaleza los que llevaron a los hombres a asociarse para reparar en equipo las pérdidas comunes. En las regiones frías, reuniendo el grupo al calor del fuego durante la cocción del alimento, o en las cálidas, compartiendo el agua en los abrevaderos necesarios para los rebaños, “los suaves lazos de la costumbre” aproximaron “insensiblemente al hombre a sus semejantes”, llevando “al fondo de los corazones el primer sentimiento de la humanidad”. “Poco a poco, se abastecían unos a otros; haciendo esfuerzos por darse a entender, aprendía uno a explicarse. Ahí se hicieron las primeras fiestas: los pies saltaban de alegría; no bastaba el gesto solícito: a la voz la acompañaban acentos apasionados; el placer y el deseo, confundidos juntos, se hacían sentir a un tiempo”.

Así, “en los terrenos fértiles fue precisa toda la vivacidad de las pasiones agradables para empezar a hacer hablar a los habitantes”. “La pasión hace hablar a todos los órganos, y adorna la voz con todo su esplendor; así, los versos, los can-

tos, la palabra tienen un origen común”. De esta forma, los primeros discursos fueron también las primeras canciones, y las variaciones del ritmo y los acentos “hicieron nacer, con la lengua, la poesía y la música, o, más bien, todo eso no era más que la lengua misma para esos climas dichosos y para aquellas épocas dichosas, donde las únicas necesidades imperiosas que exigían el concurso del otro eran las que hacía nacer el corazón”.

En lo referente a la diferencia de lenguas, Rousseau afirma que ésta proviene de la variedad “de los climas donde nacen y de la manera en que se forman”. Según la clase de pasión, en las voces predominaron o bien las articulaciones o bien los sonidos: la cólera genera un grito articulado; la ternura un sonido. Así, de acuerdo con el clima donde surgieron, Rousseau distingue básicamente dos tipos de lenguas: por una parte, en los países fríos de pueblos robustos, donde la naturaleza es avara y “las pasiones nacen de las necesidades” y son más ásperas y fuertes, “sus voces son las de la cólera y la amenaza”, “debieron ser sordas, rudas, articuladas, desentonadas, monótonas, claras a fuerza de palabras antes que por una buena construcción”; por otra parte, “las del Mediodía debieron ser vivas, sonoras, acentuadas, elocuentes y a menudo oscuras por su energía”.

Con el correr del tiempo, supone Rousseau, estas características se pierden, y la lengua se hace menos apasionada, “más exacta, más clara, pero más lánguida, más sorda y más fría”, sustituyendo los sentimientos por las ideas y no hablándole ya al corazón, sino a la razón, todo lo cual se acentúa con la invención de la escritura. Según nuestro autor, “cuanto más burda es la escritura, más antigua es la lengua”, y existen tres tipos de escritura: la primera corresponde a la lengua todavía apasionada, y consiste en pintar los objetos, en forma ya sea directa o alegórica (como lo hacían los egipcios); la segunda consiste en representar las palabras o frases mediante caracteres convencionales (como lo hacen los chinos), hablándole así a los ojos; y la tercera es la propia de los pueblos civilizados, y consiste en descomponer la voz hablada en partes elementales, representadas en los caracteres del alfabeto, con lo cual ya no se pinta la palabra, sino que se la analiza.

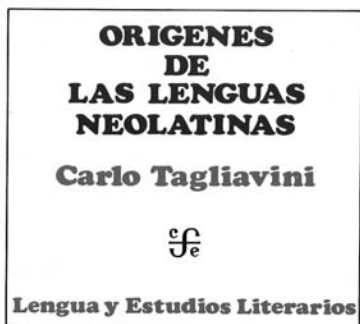
Añade Rousseau que “el arte de escribir no se relaciona en lo absoluto con el de hablar”, y que “uno comunica sus sentimientos cuando habla” –variando el sentido con los tonos y

ritmos, menos preocupado por la claridad que por la fuerza–, “y sus ideas cuando escribe” –sin otra opción que tomar cada palabra en su sentido común–. De hecho, argumenta Rousseau, una lengua que se escribe no puede conservar la vivacidad de la que sólo es hablada. Las lenguas europeas, afirma, “valen más escritas que habladas”; por el contrario, “escritas, las lenguas orientales pierden su vida y su calor: el sentido sólo está a medias en las palabras, toda su fuerza descansa en los acentos”.

En cuanto a la prosodia moderna, Rousseau señala la inexistencia en nuestro tiempo de “una lengua sonora y armoniosa que hable tanto por medio de los sonidos como por medio de las voces”. Las lenguas actuales son frías y monótonas, o mejor monocordes; mantienen un tono uniforme y menos fuerza que claridad, situación que se acentúa con el perfeccionamiento de la gramática y la lógica. Ni aun la lengua italiana,

dice Rousseau, puede ser considerada una lengua verdaderamente musical.

En síntesis, la lengua ha perdido el tono vivo y apasionado que en un principio la hacía musical, a la vez que la música se ha vuelto independiente de las palabras. “Desde que Grecia se llenó de sofistas y filósofos, ya no se vieron ahí ni poetas ni músicos célebres”, lamenta Rousseau. Después primó el latín, que fue una lengua más sorda y menos musical. Por último, con la barbarización de Europa, triunfó la lengua dura de los toscos hombres del norte. “He aquí cómo el canto se volvió gradualmente un arte separado por entero de la palabra, en la que tiene su origen”.



México D.F., Fondo de Cultura Económica
(colección “Cuadernos de la Gaceta” N° 3), 1984, 86 págs.
ISBN 968-16-1775-4

CARLO TAGLIAVINI:
Orígenes de las lenguas neolatinas. Introducción a la filología romance

Este amplio compendio es el fruto de toda una vida de dedicación al estudio y la enseñanza de la lingüística romance, desde cuando Carlo Tagliavini (n. 1903) impartió sus primeros cursos sobre esta materia en la Universidad de Bolonia hacia 1926-27. A partir de entonces, y mientras enseñaba en las universidades Católica de Nimega, de Budapest, de Padua y

de Trieste, reelaboró sucesivamente los apuntes de su cátedra, perfeccionándolos y actualizándolos hasta que en 1949 se publicaron por primera vez reunidos en un volumen. No tardó éste en recibir una buena acogida en los medios académicos, y aun en ser adoptado como manual de estudio en numerosas universidades, lo que hizo necesaria una segunda edición en 1952, totalmente revisada, y ampliada en algunos capítulos, y que obtuvo una difusión aun mayor y más favorable, ya no sólo en Italia sino en el extranjero. También se amplió la tercera edición, de 1959, la cuarta, de 1964, y la quinta, de 1969, sobre la cual se basa la traducción al español, publicada en 1973.

Sin duda, la de Tagliavini no puede considerarse una investigación reciente, pero sí con plena justicia un clásico, quizás el más importante, sobre la evolución de las lenguas romances. El papel desempeñado por el estudio de éstas en el rico desarrollo que en el último siglo experimentó la lingüística como ciencia se debe a que sólo en el caso de la familia romance es posible observar con cierto detalle, dada la abundancia de testimonios que se conservan, cómo una lengua original, el latín, pasa por un proceso de disgregación interna al cabo del cual se constituye un conjunto de lenguas nuevas, distintas pero afines genéticamente.

Por otra parte, al hispanoparlante esta temática le concierne directamente en la medida en que Tagliavini enmarca el nacimiento del español en el contexto de una eclosión que hace surgir a la vez a sus lenguas hermanas, lo que convierte a su libro en el complemento perfecto de obras que se limiten a profundizar en la historia del español.

Comienza Tagliavini su obra con un recorrido sucinto pero pormenorizado por lo que ha sido la evolución de la filología romance desde sus inicios, entendida ésta como el estudio de tales lenguas a partir de sus testimonios literarios, según el método comparativo. Los comienzos de la investigación lingüística en el campo neolatino se remontan a la obra de Dante *Sobre la lengua vulgar*, pero la filología romance como disciplina científica la inician a principios del s. XIX estudiosos como F. Raynouard y Friedrich Diez. Nuevos alcances ha ido ganando sucesivamente la disciplina con los aportes de la dialectología, desarrollada sobre todo en Italia; de la geografía lingüística, surgida en la segunda mitad del mismo siglo, y que a través de la elaboración de los atlas lingüísticos ha permitido elaborar importantes deducciones; de la onomasiología, o estudio de las denominaciones que corresponden a un concepto; y más recientemente, de la neolingüística, el estructuralismo y otras corrientes del s. XX.

Tagliavini entra en materia mostrando cómo el latín fue en sus principios sólo uno de los dialectos itálicos, junto con el osco, el umbro y otros, y al expandirse inevitablemente se fue escindiendo en variantes dialectales a la vez que recibía la influencia de las lenguas de los pueblos adonde llegaba. Tales son los que el libro llama *sustratos* prerromanos, sobre los cuales se superpone el uso del latín, pero que dejan huellas en éste: Tagliavini examina algunos de ellos, como las otras lenguas itálicas; el etrusco, cuyo pueblo tanto incidió en los orígenes de Roma; el griego, cuya cultura los romanos en buena parte adoptaron; el de Sicilia, poblada por sicanos y sículos, el de Cerdeña y Córcega, antes colonizadas por cartagineses; el céltico, el ibérico y otros más del área de expansión del latín.

Desde luego, y como contraparte, a medida que el uso del latín se difundía por las distintas provincias del Imperio (la llamada Romania), ejerció su influencia en los dialectos bereberes del norte de África, el vasco, las lenguas célticas y el inglés antiguo, las lenguas germánicas, el albanés, el griego y las lenguas eslavas. Y aunque en algunas de ellas la romanización sólo llegó a ser superficial y con el tiempo quedó enterrada por la avalancha de nuevas fuerzas lingüísticas, como en África, por lo que puede hablarse de una Romania perdida, también es cierto que siglos después surge, con el Descubrimiento de América, una nueva Romania, donde la familia latina alcanza, mediante la expansión del francés, el español y el portugués, territorios del mundo muy distantes de los que fueron los límites del Imperio de Roma.

En el estudio de la evolución tardía y disgregación del latín, afirma Tagliavini, es fundamental tener en cuenta la diferencia que separa al latín escrito del hablado, que se combina con la que se da entre el refinamiento de la *urbanitas* citadina y la tosquedad de la *rusticitas* del campo. Mientras el latín escrito se mantenía relativamente uniforme, y no presentaba peculiaridades regionales notorias, el hablado presentaba mayores diferencias regionales y sociales. Desde luego, no fue el latín escrito y culto, sino el hablado y preferiblemente rústico, que podríamos llamar el latín común o vulgar —y que en cualquier caso, según Tagliavini, nunca fue totalmente unitario— el que dio origen a las actuales lenguas romances. Por fortuna, existen numerosas fuentes escritas que permiten estudiar la evolución de su léxico, sintaxis, fonética y morfología, aspectos en los cuales poco a poco se van perfilando los que serán los rasgos distintivos de las futuras lenguas romances.

Capítulo aparte merecen en el desarrollo del latín, por un lado, los *adstratos*, es decir, las lenguas vecinas territorialmente —como lo fue el griego en ciertas áreas— a las que el la-

tín vulgar no se superpuso, y de las cuales tomó préstamos, que después fueron heredados por las lenguas romances; y por otra, los *superestratos*, esto es, las lenguas que se superpusieron posteriormente a territorios que estaban lingüísticamente romanizados –como lo fueron las lenguas germánicas desde cierto momento, o el árabe en la península ibérica, o, como caso más especial, el que Tagliavini llama superestrato cultural latino, que es el latín culto y literario que, como lengua oficial de la religión cristiana en auge y como lengua académica, aún hoy revierte su influencia sobre las lenguas romances. Adicionalmente, cada lengua romance ha sido, desde sus orígenes, adstrato de otras, lo que ha dado lugar a abundantes intercambios entre ellas mismas.

En cuanto a cómo podrían clasificarse las lenguas neolatinas, Tagliavini juzga imposible lograr una clasificación definitiva, pero esboza una propuesta propia, en la que incluye las lenguas neolatinas que él considera de mayor relevancia. Advierde sobre la relatividad de los conceptos de lengua y dialecto, propone que debe entenderse “no ya un tronco del que nacen varias ramas principales subdivididas en ramitas secundarias, etc., sino círculos que partiendo de centros distintos se entrecruzan como las ondas producidas al arrojar un puñado de piedrecillas a un estanque”, y divide sus variedades en cuatro grupos, así: como lengua balcanorromance, el rumano; como italo-romances, el dalmático (ya extinto), el ladino (o mejor romance alpino, usado en la región alpina central y oriental), el sardo (propio de Cerdeña) y el italiano; como galorromances, el francés, el francoprovenzal, el provenzal y el gascón; y como iberorromances, el catalán, el español y lo que él llama el gallegoportugués. Tagliavini admite, sin embargo, que su clasificación tiene sus defectos, ya que ignora, por ejemplo, el fuerte vínculo del catalán con el provenzal, que lo convierte en una especie de puente entre el galorromance y el iberorromance.

Adicionalmente, la obra ofrece un breve recuento del área de uso, lugar de origen, desarrollo histórico, características principales y variedades dialectales de cada lengua. Para terminar, el último capítulo está dedicado a los primeros testimonios literarios de las lenguas romances, algunos de los cuales transcribe completos, como los llamados “juramentos de Strasburgo”, redactados a mediados del s. IX en francés y ale-

mán, por los cuales Carlos el Calvo y Luis el Germánico renovaban su alianza contra su común hermano Lotario.

México D.F., Fondo de Cultura Económica (sección “Lengua y estudios literarios”), 1ª ed. 1973, 2ª reimpr. 1993, 900 págs.

ISBN 968-16-4045-4

ANDRÉS MARTÍN LONDOÑO LONDOÑO

Filósofo de la Universidad de los Andes, con especialización en Relaciones Internacionales, UJTL. Editor y traductor del Departamento de Publicaciones, UJTL.



RAFAEL DEL MORAL:

Diccionario de Lenguas del Mundo

Esta revista ha utilizado como fuente primordial el *Diccionario Lenguas del Mundo* que aquí se trata. Se decidió así porque ningún otro compendio hubiera podido ser más asertivo en definir la relatividad de este ejercicio: describir, por orden alfabético, las lenguas “... más habladas o las más influyentes de la humanidad en todas las épocas, al menos hasta donde ahora alcanzan los estudios”. Es curioso que en Colombia no se consigan diccionarios afines; éste será comercializado en nuestro país por Planeta Colombiana Editorial a partir de este año. Como reza su introducción,

“... ningún otro libro en español ha emprendido tal tarea”.

A los interesados en los idiomas, o a los avezados lingüistas, les adelantamos que tal diccionario consta, además de los capítulos iniciales –Prólogo, Introducción y Lenguas y usos–, de un listado general de lenguas y familias de lenguas que constituye el grueso de la obra y que especifica, por cada lengua, su adscripción genética, origen e historia, hablantes, dominio lingüístico, caracteres lingüísticos y texto y alfabeto; un glosario lingüístico, que define palabras como *glotal*, *uvular*, *pidgin*, *declinación* o *fricativo*; un listado de todos los países con el número de habitantes y los territorios en que se hablan sus distintas lenguas; una clasificación ge-

nética de las lenguas del mundo, una clasificación general por número de hablantes, una bibliografía y un índice general de lenguas, dialectos y sus variedades.

Aprendemos, entonces, que existe una lengua austronésica, cercana al mastabeño, de la familia malayo-polinesia que se llama hiligainón y que hablan 6'810.000 personas, sobre todo en Filipinas; que el hindi es una lengua indoeuropea, de la familia indo-aria, y que es "... casi coincidente con el urdú, nombre que recibe en Paquistán, y propia de un amplio territorio al norte de la India, alrededor de la depresión del río Ganges"; que en malgache decir: iray, roa, telo, efatra, dimy, enina, fito, valo, sivy y folo, es contar hasta diez; que el romaní es una lengua sin territorio tan errante como sus hablantes, los gitanos, y la utilizan 1'600.000 hablantes en veinte países distintos; y que –para seguir con los ejemplos– el moré o mosí tiene más de 8'000.000 de hablantes, es lengua "rica en sonidos nasales, distingue entre vocales largas y breves", y "usa un sistema de tonos (bajo, alto, descendente-ascendente), no excesivamente marcado".

Nos enteramos de que "... disponen los hablantes del norte del globo de gran variedad de palabras para designar la nieve, y en las lenguas del desierto tienen otras tantas para designar los tipos de camellos". Que "más de veinte palabras dan nombre en quirindú a todo tipo de vacas según su edad, la forma de los cuernos y otras características". Y que "los franceses se vanaglorian de tener 350 clases distintas de queso y palabras para nombrarlos, y los italianos superan todas las previsiones con la cantidad de palabras que dedican, en todas las variedades orales del idioma, a designar los diferentes tipos de pastas".

Abundan en este diccionario, para claridad de sus lectores, los mapas territoriales de las grandes familias lingüísticas con sus demarcaciones políticas y etnográficas; los cuadros sinópticos de las lenguas y su número de hablantes en regiones, continentes y países; las grafías de letras, sílabas y palabras de escrituras que, en su mayoría, desconocemos; los

signos de pronunciación de lenguas orales y, entre otros recursos, cuadros comparativos de características lingüísticas que muestran cómo distinguir lenguas similares.

Dedicado "in memoriam" a Manuel Alvar, prologuista de esta obra, quien fuera director de la Real Academia Española y emérito científico de la lengua castellana, la autoría del Diccionario Lenguas del Mundo es de Rafael del Moral, reseñado en www.editorial.planeta.es como "... doctor en Filología por la Universidad Complutense de Madrid y autor de una amplia obra didáctica, entre la que destaca una original y única clasificación de palabras y expresiones, el *Diccionario temático español*, y su versión complementaria, el *Diccionario temático trilingüe* (1998). Es también autor de un manual de términos literarios usados en centros de enseñanza, el *Diccionario práctico del comentario de textos literarios* (1995), y de una obra de investigación, *Madrid como escenario literario en la novela española contemporánea* (1991), así como de numerosas traducciones relacionadas con la cinematografía: *Hitchcock*, de Truffaut (1991), y *Mi vida y mi cine*, de Renoir (1993), entre otras. Es en la actualidad profesor del Liceo Francés de Madrid, columnista en diversos medios de comunicación y trabaja en la redacción del *Diccionario de la novela hispanoamericana*".

Más allá de su frecuente consulta, éste es un diccionario –como pocos– para leer, para vislumbrar entre líneas que sin los órganos de fonación, y su capacidad de articular sonidos, el dedo oponible y el afortunado tamaño de nuestro cerebro no hubieran sido suficientes para el progreso de la humanidad.

Madrid, Espasa Calpe, 2002, 667 páginas.

FABIO LOZANO URIBE
Editor Revista La Tadeo